

KARL R. POPPER O EL SIGNO DE LA AMBIVALENCIA

ÁNGELES J. PERONA: *Entre el liberalismo y la socialdemocracia. Popper y la «sociedad abierta»*, Barcelona, Anthropos, 1993, 248 pp.

Las contribuciones de sir Karl R. Popper en el terreno epistemológico y metodológico le han convertido, con toda justicia, en uno de los más grandes filósofos de la ciencia contemporáneos. La atención que ya en su día merecieron sus tempranas y originales críticas a los planteamientos *verificacionistas* del Círculo de Viena no tardó en abrir nuevas perspectivas investigadoras, hasta el punto de llegar a hablarse —bastante antes, convendría señalar, de que irrumpiera la moda del prefijo «post» hoy imperante— de una filosofía de la ciencia *postpopperiana*. Una filosofía de la ciencia cuya línea de continuidad, más allá de las heterodoxias —o precisamente por ellas, de acuerdo con lo que no podría dejar de verse sino como una cierta fidelidad al legado popperiano— pasaría por autores tan reconocidos como Agassi, Lakatos, Feyerabend... Por contra, su filosofía social y política, a pesar de haber sido desarrollada paralelamente —cuando no en inextricable unión— a sus reflexiones metodológicas y de haber suscitado tantas o más disputas que éstas, parece no haber merecido la misma atención. Dicho de otro modo: el *científico* habría primado en este caso sobre el *político*.

Ésta ha sido, en efecto, la recepción que por lo general se ha hecho de la obra de Popper, renuente la mayoría de las veces a desplazarse de las preocupaciones metodológicas a las propiamente filosófico-políticas, por más que se haya subrayado —en el mejor de los casos— la relación existente entre ambas dimensiones de su pensamiento. Bastará una fugaz mirada retrospectiva a nuestro propio ámbito filosófico —ámbito, por lo demás, en el que se inscribe el libro que aquí pretendemos reseñar— para corroborar esta impresión. En efecto: ya en el trabajo pionero de M.A. Quintanilla a comienzos de los años setenta (que aparecía con el ilustrativo título a efectos de lo que aquí queremos resaltar de *Idealismo y Filosofía de la Ciencia. Introducción a la Epistemología de Karl R. Popper*), reconocía el autor «la radical dependencia entre la teoría epistemológica y la teoría política», lo que no fue óbice para que limitara voluntariamente sus referencias de los temas popperianos con el fin de «atenerse exclusivamente al análisis interno de las ideas gnoseológicas de K. Popper» (por decirlo con las propias palabras de G. Bueno, que a la sazón prologaba el libro). Otro tanto cabría decir del tratamiento que se dispensó por aquel entonces a la obra popperiana en las páginas de la revista *Teorema*. O del Simposio de Burgos, en el que la joven filosofía española y adláteres debatieron sobre la

obra de Popper y en el que los más aviesos veían un auténtico «criterio de demarcación» respecto de la filosofía escolástica predominante en nuestro país, cuyas Actas fueron recogidas con el no menos significativo título de *Ensayos de filosofía de la ciencia. En torno a la obra de K. Popper*. Por no aludir ya, para acabar con este somero repaso a la temprana recepción de la obra popperiana en nuestros pagos, a la estimulante confrontación entre *Analticos* y *Dialécticos* (entre cuyos más destacados prebostes citaríamos a A. Deaño y J. Muguerza por un lado y a M. Sacristán, J. Muñoz y A. Domènech por otro) tan deudora en tantos aspectos de la *Positivismusstreit* de los años sesenta (aquella, recordemos, en la que Popper y Adorno tras rendirse mutuamente pleitesía terminan arrojándose el guante para ser finalmente Albert y Habermas quienes se batan en su lugar) y, por ello mismo, más proclive a ceñir sus argumentaciones al terreno *metodológico* que a cualquier otro.

De manera, pues, que la recepción de la obra popperiana en nuestro país también participaría de esa ya mencionada tendencia habitual de la misma, caracterizada por prestar una mayor atención a la dimensión metacientífica que a la política. Cierto es que a esta última no le han faltado pregoneros: ha contado con la excelente pluma de Vargas Llosa y ha sido reclamo —entre otros— de P. Schwartz, L.A. Rojo o M. Boyer, todos los cuales han contribuido a divulgarla. Pero más allá de este nivel divulgativo, se puede afirmar que el pensamiento político de Popper no ha sido estudiado, entre nosotros, con la hondura que su enjundia merece. Hasta hoy. Pues ya no se podrá afirmar lo mismo. Y lo primero que me cumple decir es que la espera ha valido la pena: en efecto, el libro de Ángeles J. Perona, *Entre el liberalismo y la*

socialdemocracia. Popper y la «sociedad abierta», constituye un lúcido y sistemático estudio centrado (al fin) en la reconstrucción del pensamiento sociopolítico de K. Popper. Y ello sin menoscabo, obvio es decirlo, de que en el mismo aparezcan aunados el *científico* y el *político*. ¿Cómo podría ser de otro modo, por lo demás, tratándose de un pensador que con tanta insistencia se reclama un neoilustrado, un genuino y legítimo heredero de la filosofía de las Luces? Tal hiato carece en este caso de sentido. Consciente por tanto de la centralidad que ocupa la reflexión metodológica en el racionalismo crítico popperiano, y de cómo ésta conforma la propia reflexión filosófico-política, nuestra autora indaga ese proceso de «transferencia» o «extrapolación» de la una a la otra. Y observa que el mecanismo de transmisión entre ambas es poroso; que, por decirlo así, existen «puntos de fuga» como resultado de la toma de partido que efectúa el autor en favor de la democracia-liberal occidental: «es la defensa de esta opción la que rompe la transferencia plena y total que él pretende realizar desde el terreno de las ciencias físicas al de las ciencias sociales» (p. 16). Consecuencia inmediata: los supuestos metódicos que rigen la concepción popperiana de las ciencias naturales (esto es, el método de ensayo y error, el falibilismo, el individualismo, etc.) resultan problemáticos cuando se transfieren a las ciencias sociales o, más aún, a la dimensión práctico-política de las ciencias sociales en general.

Precisamente en la problematicidad de dicha «transferencia» cifra Perona buena parte de esa *ambigüedad* que, a su entender, constituye la principal característica de la filosofía política popperiana. Y que incluso determina la estructura de su propia obra: «Es esta ambigüedad general y generalizada la

que me ha obligado a dar a este trabajo una estructura [...] que bien podríamos calificar de "tela de araña construida en espiral". En efecto, he intentado "atrapar" la filosofía social y política de Popper a través de cinco capítulos, que constituirían los cinco hilos radiales de la tela de araña. Los dos primeros están anclados en el pasado, el tercero se dedica a la metodología de Popper y los dos últimos atañen al contexto de la presente discusión intelectual» (p. 18). Y como efectivo hilván que atraviesa (de forma más o menos explícita) toda la espiral y confiere unidad al conjunto de la obra, la Ilustración.

En efecto, no es mérito desdeñable de cuantos figuran en el haber del libro que comentamos su pertinencia de cara a ese debate central que hoy afronta buena parte de la filosofía contemporánea sobre la vigencia o la quiebra del proyecto ilustrado. A fin de cuentas, si el pensamiento liberal (clásico o contemporáneo) es una de las ramas de ese proyecto, el pensamiento político popperiano no deja de ser una manifestación de ese liberalismo contemporáneo de cuño ilustrado. De ahí que nada más acertado que consagrar los dos primeros capítulos al desarrollo *legítimo y bastardo* de la Ilustración, como los denomina Popper, representados recíprocamente por la tradición liberal tan paradigmáticamente personificada en Kant y por las obras de Hegel y Marx. Así, mientras el primer capítulo analiza con detalle la herencia kantiana en la filosofía de Popper, el segundo repara en las críticas que Popper formulara a Hegel y Marx por haber traicionado los ideales ilustrados. En el primer caso Perona se vale en su exposición de diversos temas kantianos tales como la relación entre moral, derecho y Estado, la teoría del contrato, los conceptos de liber-

tad, igualdad y universalidad, etc., al hilo de los cuales reconstruye con maestría el pensamiento filosófico-político popperiano al mismo tiempo que señala sus vínculos teóricos con el liberalismo clásico (tal como aparece canónicamente enunciado en Kant). En el segundo caso expone las conocidas críticas popperianas a Hegel y Marx, a quienes acusa (en el plano metodológico) de historicistas y (en el plano político) de totalitarismo y defensores de la sociedad cerrada. Huelga decir que Perona hace gravitar su exposición en este punto sobre las dos obras clave del pensamiento sociopolítico de Popper (obras a su vez *bisagra* entre sus planteamientos epistemológicos y filosófico-políticos): *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos*, tan manifiestamente condicionadas por las circunstancias históricas en que fueron escritas —el propio Popper se ha referido a ellas como su «contribución a la guerra»— que difícilmente consiguen evitar un marcado carácter ideológico (lo que lleva a J. Muñoz a comparar, en el prólogo que abre el libro que estamos comentando, *La sociedad abierta* con *El asalto a la razón* de Lukács).

Ciertamente Popper parece más preocupado en estas obras por *falsear* que por *falsar* las teorías de sus oponentes. Pero nuestra autora elude tratar aquí si sus críticas responden o no a una interpretación apropiada, pues considera que esto ha sido ya suficientemente debatido: su propósito consiste más bien en sistematizarlas a fin de llegar a conocer y valorar mejor la alternativa que Popper ofrece. Y es en este punto donde se pone de manifiesto que la vía de acceso privilegiado a las implicaciones políticas del pensamiento popperiano se halla precisamente en su dimensión epistémico-metodológica: «sólo se accede a vislum-

brar su alternativa filosófico-política investigando su propuesta metodológica» (p. 120). Dicha propuesta no es otra que la «tecnología social fragmentaria» como método propio de las ciencias sociales; un método que, frente a la pretensión de un cambio social total como el que defendía el enfoque historicista y holista de Hegel y Marx, postula la transformación parcial y gradual de la sociedad. Ahora bien —y ésta es una cuestión harto importante—, ¿al adoptar un nuevo método para las ciencias sociales (con sus subsiguientes principios metodológicos: la «lógica de la situación», el «individualismo metodológico», el «análisis de las consecuencias inesperadas», etc.) no se está corriendo el riesgo de romper la unidad de método tan insistentemente defendida por Popper? Éste, en efecto, se aferra a la presencia operativa tanto en las ciencias naturales como en las sociales del método de *ensayo y eliminación del error* para salvaguardar dicha unidad. Sin embargo, Perona observa por su parte que «el racionalismo metodológico (es decir, el racionalismo entendido como el empleo del método falibilista popperiano) convive en las ciencias sociales con un racionalismo más general cuyo significado ni el mismo Popper expone claramente» (p. 141). En definitiva, detecta la presencia en el racionalismo crítico popperiano de una cierta quiebra: de un lado tendríamos la racionalidad *metodológica* (falibilista); y, de otro, la racionalidad que ella denomina *situacional-praxeológica*, que en cuanto procede del propio objeto de estudio tiene alcance ontológico y está cargada de elementos y consecuencias de carácter sustantivo. Este último tipo de racionalidad constituye, a mi entender, una de las aportaciones más originales que Perona introduce en su libro, y está llamado a desempeñar —como ense-

guida veremos— un importante papel en el mismo.

Esta falta de claridad, o mejor aún esta ya aludida *ambigüedad* que se origina al tratar de transferir los supuestos metódicos del racionalismo crítico a las ciencias sociales y la política, es la que ha propiciado que el pensamiento político-social de Popper haya sido reivindicado como propio por las más diversas opciones políticas. Por su parte, Perona entrevé dos lecturas posibles del mismo: una de corte liberal, más próxima a las tesis defendidas por Hayek; y otra de corte socialdemócrata, más próxima a las tesis exhibidas por Habermas. Ambas serán respectivamente desarrolladas por nuestra autora en los dos últimos capítulos de su libro.

Así, en el primer caso explora la tan mentada como escasamente analizada relación entre Hayek y Popper. Para ello se vale de aquellos elementos conceptuales o metodológicos que conforman sus respectivas teorías: Estado, individuo, individualismo, liberalismo, democracia..., a través de los cuales se muestran las convergencias y divergencias existentes entre ambos pensadores, revelándose a la postre que dicha relación es más problemática de lo que en principio cabría sospechar. De hecho, frente a quienes infieren de esta relación una interpretación estrictamente liberal del racionalismo crítico, Perona arguye que ésta no es la única (aunque posible) interpretación que cabe hacer: partiendo de la conocida tipología de Macpherson sobre la democracia, observa que mientras la propuesta de Hayek se inserta inequívocamente en el modelo de la «democracia como equilibrio» (entendida ésta como mecanismo de mercado competitivo), la de Popper está a caballo entre este modelo y el de «democracia como desarrollo» (entendida ésta como el me-

dio que favorece el despliegue por parte del individuo de sus facultades y su personalidad). Precisamente la aproximación a este último modelo es la que permite una lectura de la teoría de Popper cercana a posiciones socialdemócratas. Para ilustrar mejor esta lectura, Perona recurre en su quinto y último capítulo a confrontar las propuestas de Popper y Habermas, poniendo de manifiesto la proximidad existente entre ambas (más concretamente, entre la *comunidad ideal de diálogo* habermasiana y la *sociedad abierta* popperiana).

Ahora bien —y con esto volvemos para finalizar a la tesis central de Perona—, esta lectura «socialdemócrata» sólo es posible si aceptamos la existencia de la racionalidad *situacional-praxeológica* así como, sobre todo, el abandono del pluralismo falibilista que se produce como consecuencia de la opción que efectúa Popper en favor de un modelo político-social concreto: el democrático-liberal occidental, con el que identifica en última instancia su sociedad abierta. En efecto: mientras que en el ámbito metodológico una vez refutada una teoría era sustituida por otra nueva de modo que se tomaba en cuenta la pluralidad de alternativas teóricas en competencia, ahora en cambio la «tecnología social fragmentaria» que opera en el ámbito político tiene como meta el mejoramiento y el mantenimiento por medio de reformas parciales del modelo por el que se ha optado, sin tomar en cuenta posibles alternativas al mismo. En la medida por tanto en que el falibilismo se ha puesto al servicio de una determinada opción, concluye Perona, «el racionalismo crítico contradice su punto de partida no certista y antidogmático» (p. 213).

Tales son, brevemente esbozadas, las líneas generales del libro que presenta-

mos. Como de las mismas puede traslucirse ni la falta de sistematización ni la gran ambigüedad de las que adolece la filosofía social y política de Popper, han impedido en este caso a Perona llevar a cabo una sugerente reconstrucción de la misma y, lo que es más, dotarla de cierto carácter proyectivo (sobre todo en sus dos últimos capítulos). Pero es precisamente este carácter proyectivo el que creo que puede suscitar alguna controversia.

Así, para empezar, no sé hasta qué punto la racionalidad *situacional-praxeológica*, en los términos que Perona la presenta, puede inferirse estrictamente de la propia metodología popperiana. Al reconocer hasta tal grado el primado del objeto de estudio respecto del método, me da la impresión de que está haciendo a Popper partícipe de los postulados que Adorno defendiera en la ya clásica y anteriormente mencionada *Positivismusstreit*. De modo que nuestra autora parece dar una nueva vuelta de tuerca a dicha disputa: y así como en aras de facilitar una lectura socialdemócrata de Popper rebaja las propuestas políticas de Habermas convirtiéndolo prácticamente en un popperiano *avant la lettre*, así también realza previamente el contenido metodológico de Popper convirtiéndolo en un adorniano de pro. Sólo que si la «tecnología fragmentaria» acepta consecuentemente la relevancia del objeto (en este caso la realidad social), ¿qué le impide centrar su intervención en la transformación de la estructura de ese objeto en vez de limitarse a aspectos parciales de la misma?

En la medida en que las prácticas tecnológico-reformistas de la sociedad abierta se encaminan meramente a resolver los problemas de adaptación al sistema, obviando cuestiones centrales de la dimensión política como la «formación democrática de la voluntad» o

la concepción de la «democracia como participación», me parece que se acaba cercenando el valor proyectivo y transformador del ámbito praxeológico de la racionalidad más de lo que Perona estaría dispuesta a aceptar.

Con todo, su loable esfuerzo por ir más allá de Popper a partir de Popper, bien puede hacerse acreedor a estas palabras finales del autor de *Búsqueda sin término*: «Como ocurre con nues-

tros hijos, así ocurre con nuestras teorías, y en última instancia con toda obra que realizamos: nuestros productos se convierten, en amplia medida, en independientes de sus artífices. Podemos obtener más conocimiento de nuestros hijos o de nuestras teorías, que el que jamás les impartimos a ellos».

Juan G. Morán